

EN MEMORIA DE AGUSTÍN CUEVA

En circunstancias diversas, estas líneas hubieran estado destinadas quizá al comentario de la última obra de Agustín Cueva. El hecho es que las escribo ahora con ocasión de su muerte, por lo que quiero dedicarlas a rememorar aquellos que algunos consideramos como los aspectos más relevantes de su vida intelectual.

Agustín Cueva era hijo del jurista y maestro que llevaba su mismo nombre y que puede considerarse como uno de los fundadores de la sociología en el Ecuador. El Dr. Agustín Cueva, lojano, escribió varios ensayos de interpretación social y relaciones internacionales que lo colocaron en la primera línea de la vida intelectual en los años veinte. Al final de esa década presidió la Asamblea Constituyente que trajo profundos cambios a la vida del país. En sus años de madurez sirvió como magistrado en Ibarra y allí se casó y tuvo su hijo único, nacido en 1940.

En cierto sentido, aunque también realizó estudios de derecho, Agustín Cueva Dávila heredó la vocación sociológica de su padre y a la "Sociología", o mejor aún, al ejercicio más amplio de las Ciencias Sociales, dedicó toda su vida. Fue maestro, ensayista, pionero de la enseñanza de la disciplina a nivel universitario, escritor y crítico literario. Hace más de dos décadas se consagró como uno de los intelectuales más influyentes del país y luego se destacó también, ya como profesor-investigador en México, en el ámbito latinoamericano. Su obra no solo se refiere al Ecuador, sino a todo el continente.

Agustín Cueva fue un trabajador riguroso. Manejaba sus ideas con enorme precisión y usaba las categorías del análisis social con toda propiedad. Todo esto, desde luego, no podía ser solo consecuencia de su gran talento y lucidez, de su formación y pasión por la lectura; era también resultado de una irreversible consecuencia con los postulados del socialismo científico. Fue un referente del pensamiento marxista no solo cuando era hasta elegante serlo, sino inclusive en nuestras épocas de reflujos conservador, en que bastantes "ortodoxos" de otra época se han instalado cómodamente y rentablemente en los círculos reformistas y "democráticos", renegando de su despreocupada juventud.

Más de una vez su rigor y fidelidad a la dialéctica marxista llevaron a Agustín Cueva hasta las fronteras del dogmatismo y el esquematismo, pero, felizmente, el grueso de su obra está llena de fresca imaginación, entendida ésta no solo como la entienden los poetas, sino también como la concibe Wright Mills. Muchas veces, y en cuestiones de fondo, sin haber realizado todo el aparato

de la investigación social, su reflexión se encaminó hacia una interpretación certera que se volvió base de todo un período de búsqueda y debate de más de una generación. Y esto sucedió no solo en el análisis coyuntural del escenario socio-político, sino también en la interpretación de la historia del país y en la crítica literaria.

Al rico legado de Agustín, que muchos han destacado en estos días, hay que añadir su indudable calidad de polemista que le dio al país uno de los más importantes debates de esta mitad del siglo. Y, desde luego, sería imperdonable no decir aquí que a la claridad de sus ideas juntaba el uso adecuado y sencillo del idioma. Se hacía entender hasta de los estudiantes de colegio sin renunciar un ápice a la complejidad, buscaba palabras que pusieran al alcance de los lectores las explicaciones más abstractas. Dejó así establecido un estilo que resulta tanto más admirable como que se distingue a leguas de esa jerga pseudo científica que pretende ocultar, no solo un cuasi analfabetismo, sino también una deliberada intención de no afrontar los problemas de fondo. Cueva era adversario de ese "idioma oficial" de "cientistas sociales" que han renunciado al compromiso para completar la canasta familiar en las sucursales académicas de menor cuantía del imperio, diseminadas por el continente.

Pero quienes además de sus lectores fuimos sus amigos, recordamos a Agustín no solo como la gran figura que es de nuestra cultura y nuestro pensamiento, sino también a un gran conversador; a un generoso contertulio que decía verdades sin herir; a un colega de un privilegiado sentido del humor; y, sobre todo, a un hombre que vivió la vida con sencillez y afrontó la muerte anunciada con tranquilidad. La última vez que lo vi, días antes de fallecer, se dio modos para comentar la vida política cotidiana, las complicaciones editoriales de su obra que resultó póstuma, las perspectivas electorales, las fortunas e infortunios de la *Nueva Historia del Ecuador*, de la que es colaborador. Allí habló serenamente sobre la integración y los planes de la Fundación "Agustín Cueva" recientemente formada y que tiene como objetivo fundamental, ahora que Agustín ya no está, el que sus obras y sus ideas no descansen en paz.

Enrique Ayala Mora